

GONZALO SOLTERO

(Ciudad de México, 1973). Es autor de las novelas *Sus ojos son fuego*, *Nada me falta* y *Umbral Sumus*. En todas hay tramas complicadas y *bad hombres*. También ha publicado dos libros de cuento y dos libros para niños. Entre las distinciones que ha recibido destacan: el Premio Nacional de Novela Jorge Ibargüengoitia, el Premio Banamex a la Evolución en Internet y la Newton Advanced Fellowship de la British Academy. Es profesor fundador de la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad León (UNAM), donde investiga la construcción narrativa de problemas sociales y políticas públicas. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y miembro honorario del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Asegura no ser espía a pesar de haber colaborado diligentemente con diversas actividades en las embajadas mexicanas en Gran Bretaña, Austria, Rusia e Irán.



FESTINA

Las teorías conspiratorias son siempre de carácter narrativo, nos hablan sobre el estado del mundo y de aquellos que identificamos como nocivos protagonistas de esas historias. La narratividad conspiratoria tiende a ser tan fascinante que sus ficciones se han convertido en un ingrediente cada vez más preponderante para el mundo del entretenimiento, la política, la economía y, por supuesto, la comprensión de la ciencia.

México es un terreno fértil para este tipo de teorías. Su complejo entorno social y la proximidad a los Estados Unidos lo convirtieron en una plataforma estratégica para el espionaje durante la Guerra Fría y en la tierra actual de los *bad hombres* que Donald Trump pretendió alejar con un muro. Este libro analiza algunas narrativas de conspiración mexicanas y explica cómo es que éstas generan sentido a lo largo y ancho de una variedad de contextos sociales, políticos y culturales. Las cuatro narrativas incluidas en este tomo nos hablan sobre la visita de Lee Harvey Oswald a la Ciudad de México poco antes del asesinato de JFK y de supuestas pandillas transfronterizas, a través de las cuales proyectamos algunos de nuestros peores temores, pero también prejuicios.

ISBN: 978-



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa



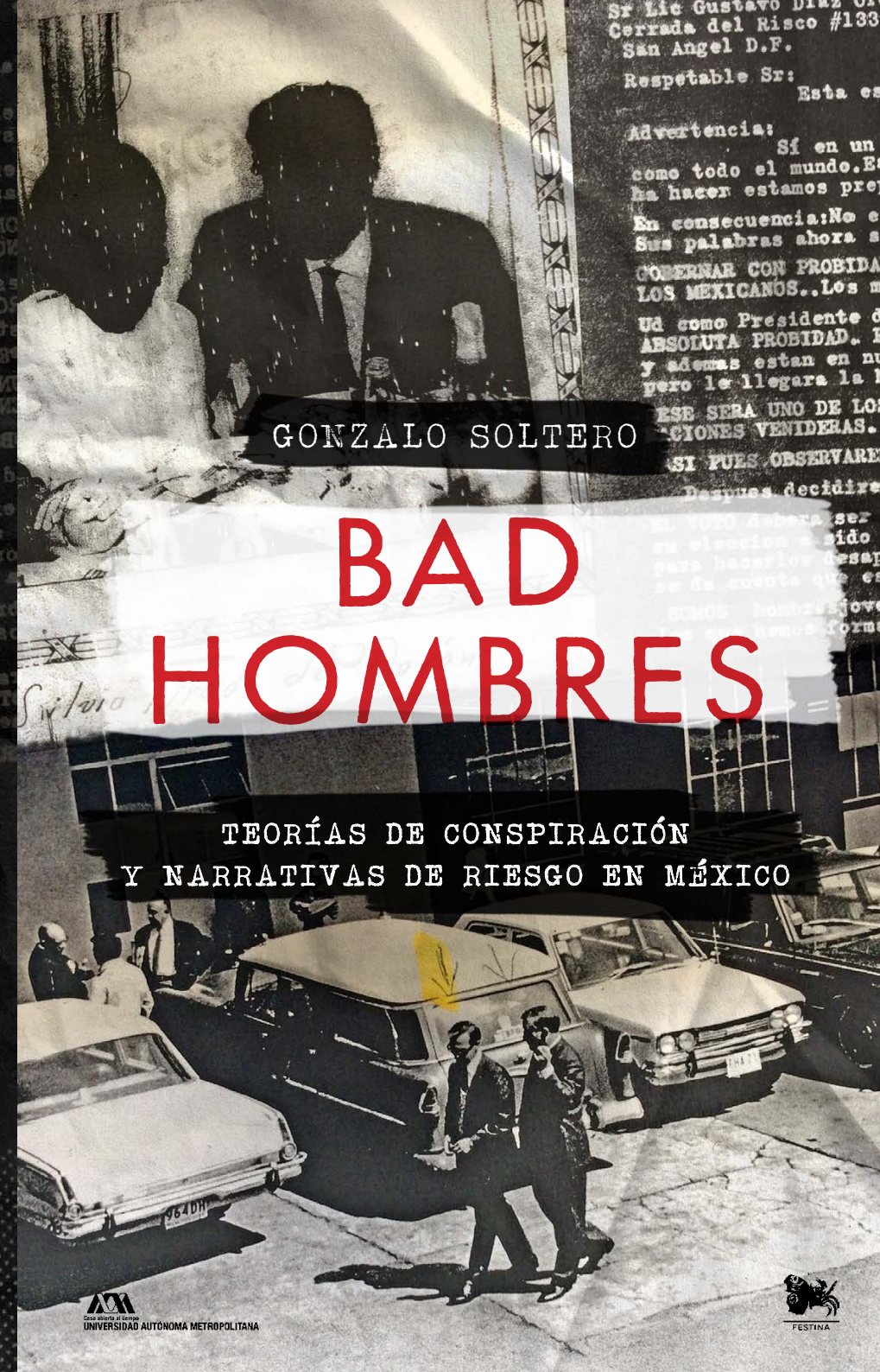
División de
Ciencias
Sociales y
Humanidades
UNAM Cuajimalpa



FESTINA

BAD HOMEBRES

GONZALO SOLTERO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. José Antonio De los Reyes Heredia
RECTOR GENERAL

Dra. Norma Rondero López
SECRETARIA GENERAL

Mtro. Octavio Mercado González
RECTOR UAM CUAJIMALPA

Dr. Gerardo Kloss Fernández
SECRETARIO DE UNIDAD

Dr. Gabriel Pérez Pérez
DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES

Dra. Esther Morales Franco
SECRETARIA ACADÉMICA DCSH

Mtro. Luis Eduardo Hernández Huerta
JEFE DE PUBLICACIONES Y DIFUSIÓN DCSH

Bad hombres

Bad hombres. Teorías de conspiración y narrativas de riesgo en México

Esta obra fue dictaminada positivamente y evaluada para su publicación por el Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, Unidad Cuajimalpa.

Título original: *Conspiracy Narratives South of the Border: Bad Hombres Do the Twist*

© 2022, Routledge. All rights reserved

Primera edición en español, 2022

D.R. © Gonzalo Soltero, por el texto.

D.R. © Yoací Pardo y Mariana Ortega Breña, por la traducción.

Diseño de forros: Daniel Bolívar

Corrección de estilo: Carolina Estrada García

Cuidado editorial: Festina Publicaciones

D.R. © 2022, Montzalez Editores, S.C.

Bajo el sello editorial FESTINA PUBLICACIONES M.R.

Santa María la Ribera 151, A-201

Col. Santa María la Ribera, C.P. 06400, Ciudad de México

www.festinapublicaciones.com

D.R. © 2022, Universidad Autónoma Metropolitana

Prolongación Canal de Miramontes 3855

Ex Hacienda San Juan de Dios, Alcaldía Tlalpan

C.P. 14387, Ciudad de México

www.dcs.h.cua.uam.mx

ISBN (FESTINA): 978-607-99462-2-7

ISBN (UAM): 978-607-28-2678-6

Authorised translation from the English language edition published by Routledge, a member of the Taylor & Francis Group.

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / Printed in Mexico.

Bad hombres

Teorías de conspiración y
narrativas de riesgo en México

Gonzalo Soltero

Traducción de Yoací Pardo y
Mariana Ortega Breña



ABREVIATURAS

AGN	Archivo General de la Nación
ARRB	Oficina de Revisión de Registros de Asesinatos
BER	Bloque Estudiantil Revolucionario
BIJ	Bureau of Investigative Journalism
EEB	Encefalopatía espongiforme bovina
CIA	Agencia Central de Inteligencia
CE	Anexo de la Comisión Warren (Commission Exhibit)
CSEW	Encuesta de criminalidad para Inglaterra y Gales
DFS	Dirección Federal de Seguridad
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FBI	Oficina Federal de Investigaciones
AGU	Procurador Federal de Distrito
FLN	Frente de Liberación Nacional
GRU	Dirección Principal de Inteligencia de Rusia
HSCA	Comité Selecto de la Cámara de Representantes sobre Asesinatos
FMI	Fondo Monetario Internacional
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social
IPN	Instituto Politécnico Nacional
KGB	Comité Ruso para la Seguridad de Estado
NCVS	Encuesta Nacional de Victimización del Crimen

ONG	Organización no gubernamental
OEA	Organización de los Estados Americanos
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
ONS	Oficina Nacional de Estadística
PGR	Procuraduría General de la República
PRI	Partido Revolucionario Institucional
OMS	Organización Mundial de la Salud
ONU	Organización de las Naciones Unidas
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

3 OSWALD BAILA EL TWIST

Lee Harvey Oswald estuvo en México unas semanas antes de que los disparos en Dealy Plaza pusieran fin a la vida del presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy (JFK) y el nombre de Oswald se hiciera famoso alrededor el mundo. Varios autores han considerado su estancia en México como fundamental en lo que se refiere al asesinato de JFK y los intereses detrás de éste. Para Gaeton Fonzi, entender esta visita es «esencial para la resolución del misterio» (1993, 266) y «una pieza clave del rompecabezas de Oswald» (1993, 278). En su informe final, la Junta de Revisión de Registros de Asesinatos (ARRB – Assassinations Record Review Board), una agencia independiente del gobierno estadounidense que se encargó de publicar una gran cantidad de documentos confidenciales del gobierno de los Estados Unidos relacionados con este evento en la década de 1990, declaró que la visita «sigue siendo una de las subtramas más frustrantes en la historia del asesinato» (1998, 86). Para Shenon, la Ciudad de México es el único lugar donde aún podrían resolverse algunos misterios en torno al asesinato del presidente (2013, locs. 9447-48).

Una de las razones por las que este viaje tan corto resulta particular y ha despertado tanto interés es que parte de su pista sonora incluye un peculiar sonido: la CIA, ese pro-

tagonista omnipotente y casi infalible en muchas teorías de conspiración, haciendo «¡Ups!» al equivocarse en repetidas ocasiones: ¡Ups! Sí, nos dimos cuenta de que, mientras estaba en México, Oswald fue a los consulados cubano y soviético al año siguiente de la crisis de los misiles, pero no nos dimos cuenta de que esto representaba un peligro. ¡Ups! Aunque teníamos varias operaciones de vigilancia fotográfica en torno a las misiones diplomáticas soviética y cubana, no logramos obtener una sola foto de él. ¡Ups! Enviamos la foto de otro hombre, a quien, hasta el día de hoy, ¡ups!, no hemos podido identificar. También teníamos intervenidas las líneas telefónicas en ambos consulados, y supuestamente hubo una grabación de Oswald hablando con miembros de ambas sedes, pero ¡ups!, borramos las cintas porque nos hacían falta y no teníamos suficiente espacio en el almacén.

Este atípico comportamiento proviene de una estación de la CIA que operaba en una ciudad de suma importancia geopolítica durante la Guerra Fría, como se explicará en este capítulo, y que fue elogiada repetidamente por el cuartel general durante ese mismo período. Los inspectores la calificaron como «la mejor en el Hemisferio Occidental [WH] y posiblemente una de las mejores de la Agencia» (Goodpasture 1969, 39).¹ Sus archivos eran igualmente reconocidos (Goodpasture 1969, 52) y contaba con «uno de los programas de recolección técnica más extensos y costosos llevados a cabo por la Agencia» (1969, iv). Incluso J. Edgar Hoover, director del FBI y persona no muy afable, «solía tornarse radiante cada vez que pensaba en la Estación de la Ciudad de México» (Hardway y Lopez s.f., 164). ¿Cómo fue que esta misma estación terminó sonando como Homero Simpson en un mal día?

Este capítulo se centra en dos narrativas de conspiración complementarias en torno a la visita de Oswald surgidas a mediados de la década de 1960. Lee Harvey Oswald

visitó México para obtener visados a Cuba y Rusia. Sin embargo, estas historias sugieren que su proximidad a los comunistas iba más allá del mero papeleo inherente a estos procedimientos burocráticos. Una le otorga a Oswald una amante mexicana que lo llevó a una fiesta de *twist* llena de simpatizantes de la Revolución cubana. La segunda lo pone en contacto con estudiantes izquierdistas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a quienes Oswald fue a buscar al campus. A diferencia de otras narrativas similares que surgieron inmediatamente después del asesinato, estas dos han ganado atención y cobrado verosimilitud a lo largo de los años, contribuyendo al énfasis que ponen algunos autores en México como un lugar que guarda pistas ocultas sobre el asesinato de JFK.

Por ejemplo, en 2013, durante el 50 aniversario del asesinato, el periódico español *El País* encabezó una historia con «La amante mexicana de Oswald»; el subtítulo continuaba, «El asesino de Kennedy tuvo una aventura con una empleada del consulado cubano» (Monge 2013). El periodista Raymundo Rivapalacio hizo más de una declaración sobre esta novia mexicana como si se tratara de un hecho (por ejemplo, *Aristegui* 2017). Phillip Shenon hizo lo mismo, aunque con un poco más de cautela (2017). Dan Hardway fue uno de los investigadores del Comité Selecto de la Cámara sobre Asesinatos (HSCA – House Select Committee on Assassinations), del Congreso de los Estados Unidos, que visitó México en 1978 y escribió junto con Edwin Lopez un informe titulado «Lee Harvey Oswald, la CIA y la Ciudad de México», mejor conocido como «El Informe Lopez». Hardaway da fe a estas narrativas: «Ahora también hay evidencia de los contactos de Oswald con estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México y su presencia en eventos sociales con empleados del Consulado cubano» (2015).

Este capítulo presenta brevemente el contexto de la visita de Lee Harvey Oswald a México y describe los hechos que se conocen sobre su breve estadía, junto con algunas de las lagunas al respecto, antes de abordar las dos narrativas antes mencionadas. Examina la base fáctica de ambos relatos, pero también el papel que estas historias parecen cumplir y las razones detrás de su popularidad duradera. Un aspecto interesante que surge aquí es que las narrativas relacionadas con la seguridad nacional y la inteligencia, así como los medios a través de los cuales se obtienen, están estrechamente relacionadas con otras narrativas examinadas en este libro, como los rumores y las leyendas urbanas.

La visita de Oswald a México se estudia por primera vez desde una perspectiva mexicana, lo que permite aclarar algunos aspectos de otras interpretaciones que se han visto enturbiadas por confusiones interculturales. Una de las fuentes que hace esto posible son los archivos de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), que se encargó de gran parte de la investigación en torno al tránsito de Oswald y de manejar sus secuelas por solicitud directa de la CIA y el FBI en México. Comités como el HSCA y autores individuales han buscado previa e infructuosamente acceso a estos documentos. Peter Dale Scott afirma: «Es importante que la ARRB reconozca la relevancia sustantiva de la DFS para el caso. Debe presionar para que se publique la documentación del gobierno mexicano pertinente a su investigación» (2013, 117). El índice de versiones públicas de la Colección DFS en el Archivo General de la Nación (AGN) muestra que algunos de los documentos utilizados en este libro se hicieron públicos por primera vez para esta investigación.

El principal objeto de estudio que este capítulo abarca son sólo los cinco días que Oswald estuvo en la Ciudad de México, y aun así sigue siendo imperativo omitir

datos dada la vastedad de los detalles relacionados con el asesinato de JFK. Intentaré ser lo suficientemente claro para cualquier persona que se acerque por primera vez al tema y también no repetir algunos aspectos de la visita que ya han sido revisados a detalle por informes o autores anteriores. En consecuencia, algunas secciones se esbozan brevemente para profundizar en aquellas que ofrecen más potencial de análisis. También es importante señalar que, al igual que casi todos los puntos relacionados con este tema, hay aspectos y ángulos en el viaje de Lee Harvey Oswald a la Ciudad de México que dan pie a todo tipo de dudas e interpretaciones. En medio de las pocas huellas históricas de un mundo de acción encubierta y engaño, cada quien puede ver lo que quiere ver.

Guerra Fría en un país al rojo vivo

Al enfatizar el significado potencial del viaje de Oswald a México hay que subrayar la importancia de este país, y especialmente su capital, durante la Guerra Fría. Según Fonzi, «es imposible exagerar la importancia de la Ciudad de México en los juegos de “Espía contra Espía” que había en curso en el momento. Era el único lugar del Hemisferio Occidental donde cada país comunista y cada país democrático contaba con una embajada y era un semillero de intriga» (1993, 266). En el momento de la visita de Oswald, también era «uno de los lugares más intensamente vigilados del planeta» (Newman 1995, 352). Washington, declara Morley, veía a México como un campo de batalla: «Su capital se convirtió en un laberinto de espionaje, una ciudad de intriga como Viena o Casablanca, con los espías de al menos cuatro potencias buscando tomar ventaja: Estados Unidos, la Unión Soviética, Cuba y México» (Morley 2008, 88).

Esta red de agencias de inteligencia e intereses entrecruzados también estuvo presente en otros países de América Latina a partir de la Guerra Fría, una región cubierta por la división del Hemisferio Occidental (WH) de la CIA. En 1954, por ejemplo, con el apoyo directo de una operación encubierta, la CIA ayudó a derrocar al gobierno democráticamente elegido de Jacobo Arbenz en Guatemala. A esto le siguieron décadas de guerra civil con más de 200 000 muertes. En lo que ahora parece un sarcasmo histórico, la CIA la denominó «Operación PBSUCCESS». El triunfo de la Revolución cubana y su giro hacia el comunismo a 150 kilómetros de la costa de Estados Unidos aumentaron la tensión política.

En la narración que abre el tercer volumen del Informe del HSCA, Robert Blakey, el asesor jurídico principal, comienza señalando la importancia de Cuba durante la administración de JFK: «Fue la razón detrás de su “hora más oscura”: la fallida invasión de Bahía de Cochinos [1961]. Durante la crisis de los misiles, también llevó a los Estados Unidos y al mundo al borde de un holocausto nuclear [1962]» (US House 1979a, 1). Aunque menos visibles, las escaramuzas encubiertas continuaron. Richard Helms, subdirector de planes en ese momento y más tarde director de la CIA, estaba a cargo de esta área de la agencia. Definió su antiguo papel como el estar a cargo de esto es en el extranjero, incluyendo espionaje, contraespionaje y acciones encubiertas fuera de los límites continentales de los Estados Unidos (CIA 1978; US House 1978, 6/110). Cuando habló con el HSCA fue muy claro al respecto: «Teníamos fuerzas especiales que atacaban constantemente a Cuba. Intentábamos volar las centrales eléctricas. Intentábamos arruinar los ingenios azucareros. Intentábamos hacer todo tipo de cosas en ese período. Esta era una cuestión de política gubernamental estadounidense. No era solamente la CIA» (US House 1979b, 125).

Dichas operaciones incluyeron intentos de asesinato a líderes políticos. El HSCA analizó la posibilidad de la participación cubana en el asesinato de JFK; sin embargo, Blakey concluye que irónicamente lo que salió a la luz fue lo opuesto: «Entre 1960 y principios de 1963, concluyó el comité, la CIA conspiró con conocidas y documentadas figuras del hampa para asesinar al primer ministro Castro» (US House 1979a, 1). Estos intentos de asesinato no son teorías conspirativas. El informe del HSCA incluye la Prueba documental JFK F-527, aproximadamente veinticinco páginas extraídas de un informe del inspector general de la CIA detallando esos complots, los cuales formaban parte de lo que se denominó «Operación Mangosta». Esto es un claro ejemplo de lo que Knight observa: una explicación para el aumento de las teorías de conspiración en las últimas décadas es que más conspiraciones han salido a la luz, justificando así un aumento de la paranoia (2003b, 23).

México fue territorio libre para las potencias detrás la Guerra Fría. Como se ha mencionado anteriormente, en este país la URSS tuvo su primera embajada en el continente americano, en 1924. Goodpasture se quejó de que los funcionarios soviéticos podían moverse libremente en México y de manera encubierta a Estados Unidos, mientras que los agentes soviéticos ahí, algunos de ellos ciudadanos estadounidenses, usaban a México como punto de encuentro con sus enlaces y como una ruta de escape cuando huían del FBI (1969, 15-16, 65-66, 141-42). El país también era un refugio más seguro para una amplia galería de izquierdistas. Por ejemplo, en la década de 1930, Trotsky y los exiliados republicanos españoles; en la década de 1940, Dalton Trumbo, Albert Maltz y otros perseguidos por el macartismo; en la década de 1950, Fidel Castro, el Che Guevara y los hombres que lograrían la Revolución cubana; y en la década de 1960 sus enviados y seguidores.

En este contexto, Cuba se convirtió en un asunto de suma importancia para la CIA en México. Goodpasture, la mano derecha de Winston Scott y legendario jefe de la estación durante trece años (1956-69), relata que, cuando regresó de una conferencia sobre el Hemisferio Occidental en mayo de 1960, «el objetivo cubano se volvió la prioridad de la Estación de la Ciudad de México» (1969, 228). Había muchas razones para ello: «México era el único país de América Latina que había mantenido relaciones diplomáticas continuas con Cuba desde el momento en que Castro asumió el poder» (Goodpasture 1969, 224), y en esos años, «el único modo de transporte que unía a Cuba con el mundo exterior eran los vuelos semanales de aerolíneas mexicanas y cubanas» (Nechiporenko 1993, 84). Con un vecino al sur de tal ambigüedad política y una porosa frontera compartida de más de 3 000 kilómetros de largo, los Estados Unidos no tenían la intención de mantenerse imparcial. Le dieron una pulida a la doctrina Monroe del siglo XIX para adecuarla a este nuevo escenario mundial. Si bien generalmente se resume como «América para los americanos», generalmente se entiende y promulga como *América*, el continente, para los estadounidenses, habitantes del penúltimo país al norte del mismo.

La Guerra Fría se libró más con municiones ideológicas que metálicas; por lo tanto, uno de sus campos de batalla fue el de los artistas, los intelectuales y sus empeños. Se les concedió una importancia estratégica en la lucha general cuando la televisión apenas comenzaba a ganar popularidad, décadas antes de Internet y las redes sociales. De acuerdo con Iber, tanto los Estados Unidos como la URSS «asumieron que los intelectuales desempeñarían un papel importante en la influencia de la opinión pública y formarían la vanguardia del cambio social» (2015, 2); así, en América Latina, «se decía que los autores progresistas de izquierda y los artistas de la región

estaban inusualmente cerca del poder político» (2015, 1). Las primeras directrices operativas de la misión de la CIA en México, formuladas en 1954, incluían contrarrestar las actividades comunistas abiertas y encubiertas, y promover sentimientos pro-estadunidenses en círculos intelectuales y culturales, tanto en México como, cuando fuera posible, en toda América Latina (Goodpasture 1969, 223).

Para cumplir con esos objetivos, además de lo ya mencionado, la Estación de la CIA en México aumentó sus capacidades. Para 1964, el número de mexicanos empleados por la estación como agentes era de unos 200 (Goodpasture 1969, 49). Este personal de inteligencia localmente subcontratado incluía personas extraídas del amplio espectro de la sociedad mexicana, desde mecánicos hasta un ama de casa y el mariscal de campo del equipo de fútbol americano de la UNAM, todos involucrados en actividades de vigilancia que llegaban a algunos de los niveles más altos del poder. Entre los muchos programas, operaciones e informantes, todos con criptogramas que comenzaban con «LI», uno de los más fructíferos para la CIA fue LITEMPO, una operación de enlace con las autoridades mexicanas para obtener e intercambiar información que «proporcionó apoyo operativo y respaldo de seguridad para las operaciones de la Estación de la Ciudad de México desde 1960» (Goodpasture 1969, 418). El programa comenzó con la aprobación del presidente mexicano, Adolfo López Mateos, y el vínculo principal fue con la Secretaría de Gobernación. La mayor parte del trabajo de campo lo llevaba a cabo la DFS.

LITEMPO se convirtió en una estructura de inteligencia y poder para ambos países. Debido al nacionalismo que acompañó a la revolución de 1910 y que se utilizó como un andamiaje ideológico para todos los gobiernos posteriores, no era apropiado que el presidente se reuniera oficialmente con

el embajador de los Estados Unidos. John Whitten, alias *Scelso*, jefe de operaciones encubiertas de la CIA en México y Centroamérica en 1963, declaró más tarde al HSCA que esto generó una situación peculiar «por la cual el contacto principal del presidente mexicano con el gobierno de Estados Unidos era a través de nuestro Jefe de Estación en lugar de a través de los embajadores» (Hardway y Lopez s.f., 47). Como menciona Morley, y debido a este acuerdo, Scott se convirtió en una especie de procónsul entre los dos países (2008, 83). Esta relación se tornó en un canal extraoficial para el intercambio de información política sensible que cada gobierno quería que el otro recibiera por fuera de los intercambios en protocolos públicos (Goodpasture 1969, 382).

Algunos mexicanos asociados con LITEMPO recibieron dividendos políticos considerables. Dicho esquema consolidó a la Secretaría de Gobernación como el paso final ideal en el servicio público antes de ocupar la presidencia. Como observa Goodpasture, todos menos uno de los nueve presidentes de México entre 1928 y 1969 sirvieron como secretarios de esta institución previo a su elección (Goodpasture 1969, 374). Incluso si la DFS estaba a cargo de todo el trabajo sucio, también era redituable para los agentes involucrados, sobre todo para un protagonista importante de la narrativa que exploraremos a continuación: el capitán Fernando Gutiérrez Barrios. Fue subdirector de la DFS cuando comenzó LITEMPO y posteriormente su director, subsecretario y secretario de Gobernación, senador y gobernador del estado de Veracruz, donde nació.

La DFS, sin embargo, no era precisamente una unidad de élite. Goodpasture, que trabajó directamente con ellos durante años, los definió como: «grupúsculo manejado por la Secretaría de Gobernación. Sus agentes eran extorsionadores viciosos, venales y corruptos» (CIA s.f. (b), 12/104).

Tres adjetivos sumamente negativos después de la palabra «extorsionadores» y vienen de una curtidura oficial de la CIA en un momento en que la agencia dirigía misiones de asesinato y sabotaje contra otros países. Goodpasture también declaró: «Los primeros días de la DFS se caracterizaron por arrestos ilegales, asesinatos, detenciones, extorsión, chantaje y robo descarado» (Goodpasture 1969, 375). La DFS sólo empeoraría con el tiempo: *bad hombres* de los peores. La mayoría de sus agentes servían más como elementos de choque que como activos de inteligencia: para la CIA, eran fuerza bruta local con charola, una insignia que les permitía hacer lo que quisieran con impunidad.

La expresión *bad hombres*, sin embargo, se usó originalmente como un comodín para dar una versión de un mundo complejo en dos palabras, y es importante tener en cuenta que la Guerra Fría estuvo llena de matices y tonalidades. Pettiná subraya que, aunque el origen de este enfrentamiento fue bipolar, los actores sociales latinoamericanos involucrados tuvieron margen de acción, adaptación y a veces ventajas (2017, locs. 124–250). Muchas de sus decisiones y acciones ocurrieron en auténticas alcantarillas éticas, y si bien había muchos lacayos que cumplían todos los caprichos de Estados Unidos sin chistar, también hubo algunas maniobras hábiles en este campo minado político e ideológico. Gutiérrez Barrios era la mano derecha mexicana de Scott, pero también capturó a Castro y sus hombres en México y los dejó ir, permaneciendo como un aliado cercano y amistoso. Recibió un segundo salario en dólares estadounidenses durante años y un suministro de puros cubanos directamente desde La Habana hasta su muerte. El mismo año de los acontecimientos narrados en este capítulo el presidente López Mateos, quien aceptó el papel de Scott como procónsul, realizó un amplio recorrido por el

Bloque del Este: se reunió con Josip Broz Tito de Yugoslavia y Józef Cyrankiewicz de Polonia y les otorgó la Orden del Águila Azteca, el más alto reconocimiento a los extranjeros por prominentes servicios prestados a la nación mexicana.

Sin embargo, mientras que algunos de los más altos funcionarios mexicanos a cargo de la seguridad nacional estaban en la nómina de la CIA, México también presentó un continuo desafío (en gran parte performativo) al ser uno de los pocos países (y el único en América Latina) con embajadas de la mayoría de los países comunistas. Esto en una época en que, como deja en claro Goodpasture, las ganancias económicas de mantener relaciones con los países del bloque soviético eran, a lo sumo, marginales (1969, 142). Y de vez en cuando, como nos permite ver este capítulo, los funcionarios mexicanos terminaban por poner a los gringos entre la espada y la pared.

Hay una última cosa por mencionar con relación a este momento y contexto particular. James J. Angleton (su segundo nombre era Jesús por parte de su madre mexicana), el principal oficial de contrainteligencia de la CIA desde la creación de esta hasta su retiro, describió el mundo de la inteligencia como una «selva de espejos», aludiendo a un verso de T. S. Eliot. Esta definición, frecuentemente citada, prevalece incluso después de décadas de investigaciones por parte de comités e historiadores. Un buen ejemplo es uno de los documentos más importantes de la CIA sobre el viaje de Oswald: la «Cronología de la Ciudad de México» (CIA s.f. [a]), la columna vertebral documental de lo sucedido en el país desde el punto de vista de la estación local de la agencia de inteligencia estadounidense.² Morley atribuye su autoría a Goodpasture: «Durante los siguientes meses, leyó todo lo pertinente a Oswald en los archivos de la estación, compilando un resumen cronológico de toda la informa-

ción importante. El documento alcanzó las 133 páginas en tamaño oficio» (Morley 2008, 245).

El segundo autor posible es Raymond Rocca, adjunto de Angleton, y a quien John Newman atribuye este documento. Al elaborar su informe para el HSCA, Hardway y Lopez parecían indecisos al respecto, dejando a Goodpasture en borradores previos, pero optando por la «Rocca Chronology» en la versión final (por ejemplo, Hardway y Lopez s.f., nota 555). Ambos autores potenciales fueron interrogados al respecto.

SR. GOLDSMITH: ¿Conoce a Anne Goodpasture?

SR. ROCCA: El nombre me resulta familiar y debo haberla conocido.

SR. GOLDSMITH: Era una oficial en la Ciudad de México que trabajaba con Win Scott.

SR. ROCCA: Ella escribió ese resumen maravilloso...

SR. GOLDSMITH: ¿A qué resumen se refiere?

SR. ROCCA: ... del caso de todos los expedientes. Es una gruesa compilación que resume todos los documentos del expediente mexicano.

(HSCA 1978c, Entrevista a R. Rocca, 279)

Y ésta es la versión de Anne Goodpasture sobre la misma cronología:

RESPUESTA (R): Este documento, creo, contiene una serie de extractos hechos por el Sr. Rocca, me parece, del personal de contrainteligencia, a partir de documentos que estaban en el archivo de la Estación México sobre Oswald.

PREGUNTA (P): ¿Tuvo alguna participación en la compilación de este documento?

R: No. Lo vi cuando ya estaba terminado, e hice algunas anotaciones sobre cierta información que no era correcta.

P: Ya veo. ¿Qué hay de las anotaciones marginales en el lado izquierdo de cada página?

R: No. Yo no tuve nada que ver con eso. No sé nada al respecto.

(HSCA 1978b, 73-74/114)

Aquí tenemos a ambos posibles autores declarando oficialmente frente a un comité del Congreso que reconocen el documento, pero niegan su autoría y cada uno lo atribuye al otro. Esto ayuda a ver cuán frágil es el hielo que estamos a punto de pisar. Tenemos algo concreto: la respuesta a la pregunta «¿Quién hizo esto?» refractándose desde distintos ángulos y eludiéndonos ante nuestros propios ojos para permanecer apócrifa. Como postal que sintetiza el mundo de la inteligencia durante la Guerra Fría, no sería la peor.

La visita de Oswald

Lee Harvey Oswald pasó cinco días en la Ciudad de México; había más de un Oswald en la ciudad, o él nunca estuvo ahí, dependiendo de qué relato escoja uno seguir. Del mismo modo, estuvo sólo para realizar dos trámites burocráticos y fracasó en ambos, o tuvo una animada vida amorosa y social rodeado de camaradas comunistas.

Lo que hizo el viernes y el sábado por la mañana de los cinco días que pasó en la ciudad (si partimos de que efectivamente estuvo) se conoce a partir de fuentes sólidas, según información de la DFS, el FBI, la CIA y testigos del lado opuesto del espectro político: las misiones diplomáticas cubanas y soviéticas han testificado sobre su encuentro con

Oswald. Aunque algunos aspectos pueden cuestionarse, los acontecimientos de esos dos días cuentan con el consenso general del HSCA y diferentes autores que han analizado la visita mexicana (por ejemplo, Morley, Newman, Shenon, Simpich). Según esta versión, Oswald llegó a la Ciudad de México la mañana del viernes 27 de septiembre y partió muy temprano el día miércoles 2 de octubre de 1963. A diferencia del primer día y medio de su estadía, no hay información sobre su paradero y actividades durante el resto de la visita (tres días y medio).

Al llegar a la Ciudad de México, Oswald consiguió una habitación en el Hotel Comercio, cerca de la estación de autobuses. Su expediente de la DFS incluye el registro del hotel con su firma, la cual más tarde fue confirmada como suya por el FBI (CIA s.f. (a) 302, 64; Comisión Warren 1964, 593; AGN 2017). Después de eso se dispuso a ejecutar lo que parecían ser sus objetivos primordiales en México: obtener visas para Cuba y la URSS (AGN 2017). Fue primero al consulado de Cuba, donde trató principalmente con Silvia Tirado Bazán, quien era la secretaria consular. Silvia era una mexicana partidaria de la Revolución cubana, en ese momento casada con Horacio Durán, de ahí que se le conozca principalmente en la bibliografía del tema como Silvia Durán. Oswald fue al consulado de Cuba dos o tres veces el viernes 27 de septiembre.

Ese día, Oswald también habló personalmente con dos miembros de la sección consular soviética que eran a su vez oficiales de la KGB: el primero fue Valery Kostikov, que luego lo envió con Oleg Nechiporenko, quien más tarde escribiría un libro sobre su encuentro con Oswald. Su narración proporciona la versión interna de este consulado, donde Oswald fue informado que su visa tomaría al menos cuatro meses (Nechiporenko 1993, 70). Oswald regresó al consula-

do cubano (a un par de cuadras de distancia) y dijo que se le había otorgado la visa soviética. Silvia llamó al consulado soviético, que la llamó de regreso y le dijo que no era cierto (CIA s.f. (a) 2 y 3, 1-2). Oswald se enojó y tuvo una discusión con el cónsul saliente, Eusebio Azcué, mientras que el entrante, Alfredo Mirabal, le echó un vistazo desde su oficina. No obstante, su visa cubana de tránsito se procesó para ser posteriormente rechazada. Silvia le dio a Oswald su nombre y número de teléfono en el consulado. Las declaraciones de estos tres empleados cubanos al HSCA, el interrogatorio adicional de Silvia por la DFS y las transcripciones de la CIA de estas llamadas consulares confirman la secuencia de eventos.

Al día siguiente, sábado 28 de septiembre, los agentes soviéticos se reunían en su consulado como cada sábado para jugar voleibol entre dos *rezidenturas*, las bases operativas de la KGB y la GRU (Departamento Central de Inteligencia de la Federación Rusa, o inteligencia militar; Nechiporenko 1993, 75). La alineación indica que había al menos una docena de oficiales de inteligencia soviéticos en México en ese momento. El jefe de la sección consular, Pavel Yatskov, se estaba cambiando de ropa cuando el centinela le dijo que había un visitante. Yatskov le dijo que permitiera la entrada de Oswald. Kostikov llegó poco después, y finalmente apareció Nechiporenko. Oswald repitió su necesidad de obtener una visa y mostró sus documentos, así como un arma que tenía que llevar para su protección (Nechiporenko 1993, 77-78). Cuando le dijeron de nuevo que la visa instantánea no era una opción, salió del consulado y se llevó consigo toda certeza con respecto a cómo y con quién pasó el resto de su viaje.

*Se oyen voces silenciosas,
se traspapelan imágenes misteriosas*

Algunos de los aspectos más desconcertantes del viaje de Oswald por México comienzan poco después de que dejara el consulado soviético. La hipótesis de este capítulo es que se le han atribuido varias acciones que nunca llevó a cabo. Éstas comienzan con la grabación de conversaciones que no tuvo y fotos de un hombre misterioso que la CIA dijo era Oswald, a pesar de claramente no ser el caso, y cuya identidad se mantiene como un misterio hasta el día de hoy.

Ambos asuntos (la intervención, grabación y transcripción de conversaciones telefónicas y las fotografías de personas que accedieron a los recintos diplomáticos socialistas) fueron parte de las numerosas operaciones de vigilancia llevadas a cabo por la CIA en México, algunas de ellas en colaboración con la DFS (por ejemplo, LIENVOY) y algunas realizadas unilateralmente (por ejemplo, LIEMBRACE, LIEMPTY, LIFEAT, LIONON, etcétera). Otros libros han dedicado capítulos enteros a describir estos programas y su funcionamiento dada su variedad y complejidad (por ejemplo, Hardway y Lopez s.f., Simpich), así que me limitaré a mencionarlos brevemente.

Poco después de la salida de Oswald del consulado soviético, una llamada entrante fue grabada por la CIA. La mujer dijo ser Silvia Durán, del consulado de Cuba, y declaró que un hombre quería hablar con ellos (CIA s.f. a) 4, 2). De acuerdo con Boris Tarasoff, el transcriptor de estas llamadas para la CIA, hubo dos llamadas de seguimiento del mismo hombre el 1 de octubre (CIA s.f. a) 5-6, 3; Newman 1995, 364) y otra conversación telefónica atribuida a Oswald el 3 de octubre (CIA s.f. a) 7, 3). El hombre que llamaba, que apenas podía hablar ruso, se identificó como Lee Oswald y mencionó que había estado previamente en el Consulado

soviético (CIA s.f. (a) 4-7, 3; Hardway y Lopez s.f., 74-79). Todas las entradas y salidas de Oswald de estos complejos diplomáticos dieron varias oportunidades a la CIA para obtener su foto: diez en total, según el recuento del HSCA. Había tres bases fotográficas centradas tan sólo en la embajada soviética (HSCA 1978b, 15).

Después de que Oswald fuera arrestado en relación con el asesinato de JFK el 22 de noviembre de 1963, las fotos obtenidas por la CIA en México se enviaron a Dallas (CIA s.f. (a) 22 y 5). También se requirieron las cintas de las conversaciones telefónicas (CIA s.f. (a) 27 y 5). Como resume Summers: «La CIA había enviado a Dallas tanto una foto como una grabación del hombre que su vigilancia había registrado con el nombre de “Lee Oswald”, y ni la imagen ni la cinta coincidían con el Oswald bajo arresto» (Summers 2013, 335). La mañana después del asesinato, Edgar J. Hoover declaró en una conversación telefónica con el recién juramentado presidente Lyndon Johnson: «Tenemos aquí la cinta y la fotografía. Esa imagen y esa cinta no corresponden a la voz de este hombre, ni a su apariencia. En otras palabras, parece que hay una segunda persona que estaba en la embajada soviética [en México]» (Hoover-Johnson, 23 de noviembre de 1963 en Bradford 2002). Por paradójico que parezca ahora, el director del FBI fue el primero en sugerir que había más de un Oswald.

Todas las cintas que contenían la voz de alguien que se hacía pasar por Oswald fueron supuestamente borradas para su reutilización. Hay evidencia de que esas cintas existieron y fueron escuchadas por investigadores de la Comisión Warren que viajaron a México en 1964 (Newman 1995, 325; Summers 2013, 337). Algo similar ocurrió con las fotografías. Dos exoficiales de la CIA, Stanley Watson, subjefe de estación con Winston Scott, y Joe Piccolo, de la sección cubana, des-

cribieron al HSCA una foto de Oswald que habían visto (Newman 1995, 224-36; Morley 2008, 179-80). Así que tenemos a una estación de la CIA en su apogeo que de pronto tropieza consigo misma. Oswald, el presunto asesino del presidente, había entrado repetidamente en su mira, pero la evidencia que enviaron era sobre alguien más.

Silvia Tirado negó haber visto a Oswald después del viernes y haber hecho esa llamada el sábado (AGN 2017; US House 1979a, 51). Ninguno de los testigos de los consulados cubano y soviético que vieron y hablaron con Oswald lo pusieron al teléfono; esta información proviene solamente de las operaciones de vigilancia estadounidenses. Si Oswald nunca llamó a los consulados comunistas, entonces su voz nunca estuvo en las cintas, borradas o no. Newman menciona que la evidencia sonora fue suprimida precisamente porque las grabaciones no contenían la voz de Oswald (Transcript of Proceedings 1995, Tape 7). Pero si Oswald no estaba en la cinta, ¿entonces quién? ¿Y por qué?

Lo que probablemente sucedió fue que una operación de espionaje (agentes de contrainteligencia haciéndose pasar por Oswald y Silvia) fue capturada en otra operación de espionaje (vigilancia telefónica y fotográfica). Y luego la CIA tuvo que cubrir sus propias huellas para proteger sus fuentes y operaciones, algunas de las cuales eran encubiertas y seguramente ilegales. Todo esto nos permite una vista adicional al interior de la «selva de espejos». Los parámetros operativos de las agencias de inteligencia amplifican el espectro de posibilidades en torno a lo realmente sucedido, la verosimilitud de las narrativas sobre tales eventos y sus posibles lecturas. Las respuestas a las preguntas de quiénes eran los imitadores y qué estaban haciendo sólo pueden ser tentativas y, generalmente, de índole conspirativo: *Ellos* estaban allí. *Ellos* llevaron a cabo una operación que permanece

encubierta hasta el día de hoy. Su agenda, motivos, identidad y afiliación, sin embargo, sólo pueden ser conjeturados.

Las secuelas de la visita

El sábado 23 de noviembre de 1963, al día siguiente del asesinato de JFK, Win Scott pidió a Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, secretario y subsecretario de Gobernación, que arrestaran inmediatamente a Silvia Tirado y la mantuvieran incomunicada (CIA s.f. (a) 31, 7; CIA s.f. (a) 36 y 8). La nota a Echeverría mencionaba que Silvia trabajaba en el consulado cubano y había puesto a Oswald en contacto con la embajada soviética. También proporcionó varias direcciones: de ella como Bahía de Morlaco 74, la de su madre en Ebro 12 y la de su cuñado en Heródoto 14 (CIA s.f. (a) 31 y 7). Como mencionó la misma Silvia en una de las llamadas con los soviéticos grabadas por la CIA el 27 de septiembre, se había mudado recientemente y ya no vivía en Bahía de Morlaco 74 (CIA s.f. (a) 2, 1). El cuartel general en Langley reaccionó negativamente a esta medida porque mostraba una interferencia evidente en política exterior y podía complicar los escenarios internacionales, especialmente la libertad de acción del gobierno de Estados Unidos sobre Cuba (CIA s.f. (a) 51 y 10). Como era demasiado tarde para detener el arresto, Karamessines, el recientemente nombrado subdirector adjunto de planes de la CIA, envió un cable en mayúsculas insistiendo en este punto y que no se debería hacer pública ninguna información al respecto (CIA s.f. (a) 51 y 10). Scott envió otra nota a Echeverría pidiendo específicamente que no se publicara o filtrara ninguna información (CIA s.f. (a) 46 y 9). Scott agregó en una nota lo que sabía por Echeverría: que Silvia había sido arrestada junto con otras siete personas, incluyendo a su esposo, y que estaban teniendo una «fiesta» (se

usa la palabra en español en el memorándum). Echeverría también agregó que el presidente mexicano (López Mateos) había permitido el arresto y dicho: «Procedan e interroguen con fuerza» (CIA s.f. (a) 46, 9). A las 18 horas Echeverría le dijo a Scott que el interrogatorio estaba en marcha y prometió tratar de mantener el arresto en secreto (CIA s.f. (a) 47 y 9).

Sin embargo, el lunes 25 de noviembre la información sobre Oswald apareció en la primera plana del periódico *Excelsior*. La CIA estaba desconcertada ante esta filtración, ya que habían insistido tanto en prevenirla. En un memorándum de ese mismo día, la Estación de México mencionó que la fuente de la filtración podría ser Gobernación (CIA s.f. a) 73 y 15). Esto es probable, aunque la posible motivación para ello es un enigma más. En cualquier caso, este pequeño acto de insubordinación es un ejemplo de los márgenes de flexibilidad y agencia que tenían los diferentes actores durante la Guerra Fría.

La irrupción en escena ese mismo día de un nicaragüense, Gilberto Alvarado Ugarte, quien afirmó haber visto a Oswald en la Embajada de Cuba recibiendo dinero, complicó aún más las cosas. Alvarado declaró que el 18 de septiembre había estado en la Embajada de Cuba y había visto a Oswald recibir \$6 500 dólares de un hombre negro con cabello rojo y lo escuchó hablar sobre eliminar a alguien (CIA s.f. (a) 82 y 18). Se reunió con personal de la Embajada de los Estados Unidos, y la Estación de la CIA de la Ciudad de México pidió a su equivalente en Managua información sobre Alvarado (CIA s.f. (a) 92 y 21); Alvarado agregó más tarde que estaba en una misión de penetración para el Servicio Secreto Nicaragüense (CIA s.f. (a) 96 y 21; CIA s.f. (a) 98 y 23).

La Embajada de los Estados Unidos (Thomas Mann), la CIA (Scott) y el FBI (Clark Anderson) en México sugirieron informar a sus contactos mexicanos sobre Alvarado y

tal vez ponerlo en sus manos. Mann creía en un complot comunista detrás del magnicidio y dijo que Silvia Tirado debía ser arrestada de nuevo, interrogada y confrontada con Alvarado. Los términos y el tono eran muy claros: «Digan a Silvia que es la única no cubana con vida que conoce la historia completa y por lo tanto está en la misma posición que OSWALD antes de su asesinato; su única oportunidad de sobrevivir es contar toda la historia y cooperar por completo» (CIA s.f. (a) 97-2, 22). El documento también declaraba que a Silvia no se le debía permitir salir del país y que a los mexicanos «se les debe pedir que vayan con todo», hasta que Silvia se quebrara (Morley 2008, 221). Aquí, el gobierno de los Estados Unidos rivaliza con la brutalidad de la DFS al emitir una amenaza de muerte y solicitar que las autoridades mexicanas torturen a una ciudadana suya. Esa noche se le pidió a Echeverría que pusiera a Silvia Tirado bajo vigilancia (CIA s.f. (a) 101 y 23).

El 27 de septiembre, la Estación de Managua confirmó que Alvarado había sido informante de los Servicios de Seguridad de Nicaragua hasta agosto de 1963, fecha en que había sido descubierto por el Frente de Liberación Nacional (FLN; CIA s.f. (a) 116, 25-26). En un giro similar a la filtración de *Excelsior*, la sede de la CIA enfatizó que Silvia Tirado no debía ser arrestada (CIA s.f. (a) 118 y 26); sin embargo, Echeverría le dijo a Winston Scott que Tirado ya estaba bajo custodia, porque supuestamente planeaba escapar a Cuba (CIA s.f. (a) 121, 26-27). Más tarde, Echeverría negó al FBI tener pruebas sobre dicho intento de huida. El memorándum declara la exasperación de los oficiales estadounidenses: «No sabemos qué declaraciones de Echeverría son precisas» (CIA s.f. (a) 126 y 28).

Para el 28 de noviembre parecía que los mexicanos lamentaban la detención de Tirado y querían dejarla ir (CIA s.f. (a) 140 y 31). Es muy probable que el origen de esta actitud

se encuentre en una nota de queja que el canciller cubano había entregado a la embajada de México en Cuba, la cual fue rechazada debido a su dureza (y probablemente por dar muy cerca del blanco). La nota declaraba que Silvia Tirado le había dicho al embajador cubano Hernández Armas que la habían «retenido en prisión hasta la medianoche, maltratado físicamente y sometido a insinuaciones sobre supuestas “relaciones íntimas” con OSWALD». La nota declaraba que estas acciones violaban las garantías mínimas de las que gozaban los empleados diplomáticos (Discussions, 94/153). Tal y como temía el cuartel general de la CIA, el asunto se estaba convirtiendo en un conflicto internacional.

Cuando la liberación de Tirado parecía inminente, la entrega de Alvarado se convirtió en un tema urgente para poder confrontar sus versiones sobre las visitas de Oswald al consulado cubano. Un activo nicaragüense de la CIA llamado ERYTHROID-3 (equivalente a los LITEMPO en México), que conocía a Alvarado y sus actividades como informante, se encontraba en camino y ayudaría a interrogarlo (CIA s.f. (a) 147 y 33). Para entonces la CIA sospechaba que la historia de Alvarado era una invención más, como las muchas que ya los habían inundado a ellos y a otras agencias en torno al asesinato de JFK. Todo lo que se encontraba en su testimonio podría haber sido alimentado por la prensa (CIA s.f. (a) 151 y 34). Preparando el terreno para el interrogatorio, recomendaron: «Al asegurar confesiones de falso testimonio, mostrar una actitud comprensiva, enfatizando conocimiento de la severa presión mental a la que debe estar sometido el sujeto, y un generoso reconocimiento de su “motivación en principio loable” junto con promesas de secrecía para salvaguardar su reputación» (CIA s.f. (a) 151 y 34). Parece que las sugerencias no llegaron a la DFS, a quien finalmente Alvarado fue entregado (AGN 2017).

Fernando Gutiérrez Barrios (LITEMPO-4) fue puesto a cargo, y el 29 de noviembre informó a la Estación de la CIA que dudaba de la historia de Alvarado y comenzaría a trabajar con el objeto de quebrarlo (CIA s.f. (a) 166 y 37). La deposición de Alvarado en los archivos de la DFS muestra una transición muy interesante. Tiene once páginas, y en la página diez, después de dar una exposición muy detallada de la historia antes mencionada con Oswald y el hombre negro pelirrojo, «exponétaneamente [sic] y después de recapacitar, desea manifestar» que el hombre al que se ha referido en su declaración como Oswald se parecía a él en un 60%, y después del asesinato Alvarado trató de usar tal parecido para movilizar al gobierno de los Estados Unidos contra Fidel Castro (AGN 2017). La declaración terminó poco después, en la página siguiente, y está firmada por Gutiérrez Barrios, dos testigos y, al margen de cada página, Gilberto Alvarado Ugarte.

Esta notable epifanía de honestidad fue producto de las técnicas de interrogación de la DFS. Parece que el cuartel general de la CIA en Langley lo sospechó, ya que preguntó cómo se había obtenido la confesión, qué tácticas utilizó Gutiérrez Barrios y si hubo amenazas o promesas de por medio. También pregunta directamente: «¿Se maltrató a ALVARADO físicamente? ¿Mucho?» (CIA s.f. (a) 180 y 39). Aquí probablemente cabe reproducir una broma narrada por Peter Dale Scott en una conferencia entre autores estadounidenses dedicados al asesinato de JFK y exoficiales de inteligencia cubanos que retrata bien el funcionamiento de la justicia en México:

Hubo un asesinato y salió la historia de que un conejo lo había cometido. La inteligencia británica fue en busca de un conejo para regresar a los 10 minutos con uno, pero este negó haber cometido el asesinato. La

inteligencia francesa recibió el mismo desafío. Regresaron en 5 minutos y el conejo dijo: “Yo cometí el asesinato”. También le pidieron a la DFS que encontrara al conejo. Regresaron en 2 minutos, con un elefante. Entonces les dijeron: “No, no un elefante, queremos un conejo”. Y el elefante dijo: “¡Soy un conejo, soy un conejo, soy un conejo!”(Transcript of Proceedings 1995, Tape 7).

Otros informes de la CIA mencionan que a Alvarado se le amenazó con tortura «de una forma particularmente bárbara». (Oswald 201 File, Vol. 17, 83/161), se le interrogó bajo extrema coacción (CIA 1964, 20/21) y se le maltrató mentalmente (CIA s.f. (a) 190 y 41). Cuando Alvarado habló con ERYTHROID-3, le dijo que había cambiado su historia y firmado la declaración porque la DFS había amenazado con colgarlo de los testículos (CIA s.f. (a) 190 y 41). Así que estaba dispuesto a ser el conejo de ser necesario. Para mayor certeza, la CIA dispuso que un polígrafo fuera enviado a México junto con dos expertos (CIA s.f. a) 195 y 42). El resultado fue el mismo: la historia de Alvarado, con su hombre negro pelirrojo y un Oswald con gafas, era falsa.

Silvia Tirado fue interrogada con preguntas proporcionadas por Winston Scott y verificadas por Clark Anderson del FBI (CIA s.f. a) 156 y 35; 255, 53). El gobierno de los Estados Unidos fue muy firme con respecto a que ella no debía tener contacto con ningún ciudadano estadounidense y que las autoridades mexicanas debían asumir toda la responsabilidad de su arresto e interrogación (CIA s.f. (a) 121 y 26; 141, 31). Incluso si se han atribuido intenciones conspirativas a esta búsqueda de negabilidad plausible (*plausible deniability*) por parte de Estados Unidos, esto es exactamente lo que deseaba el gobierno mexicano para guardar las apariencias

con respecto a la soberanía nacional. Tirado fue liberada el 29 de noviembre. Nunca retomó su trabajo en el consulado de Cuba después de su segundo interrogatorio.

El lado mexicano de la historia

La mayoría de los documentos citados hasta ahora provienen de Estados Unidos y Silvia Tirado, como suele suceder en la mayor parte de la bibliografía en torno a JFK, ha sido un personaje muy secundario. Ahora dejemos hablar a las fuentes mexicanas.

Comencemos con un documento cuya importancia ha sido recalcada por varios autores: el expediente de la DFS sobre Silvia Tirado en su declaración del 23 de noviembre, la primera deposición sobre el asesinato de JFK, que cuenta con siete páginas (AGN 2017; Imagen 3.17). Como la de Alvarado Ugarte, está firmada al final por el capitán Fernando Gutiérrez Barrios y dos testigos, y cada página tiene una firma al margen que dice «ST de Durán».

Este capítulo examina varios puntos de esta declaración a detalle pero, en síntesis, Silvia declara que llevaba apenas unos tres meses trabajando en el consulado cubano. Desde 1961 se había desempeñado como coordinadora del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales y era amiga de los agregados culturales cubanos Teresa Proenza y Luis Alberu. El 22 de noviembre, el día en que JFK fue asesinado y Tirado cumplía 26 años, escuchó la noticia sobre el atentado contra la vida de Kennedy y, por la noche, el nombre del presunto asesino, Lee Harvey Oswald. Recordó la visita de éste al consulado para obtener una visa y que ella había escrito en un papel su nombre, Silvia Durán, y el número de teléfono del consulado. Cuando vio la foto de Oswald en el periódico al día siguiente, lo reconoció como el mismo hombre.